

Andrés vuelve sus ojos hinchados hacia el chico de la casa grande, ese que come todos los días y tiene botas y va a la escuela cuando quiere...

—El cerdo —intenta recomponerse, tal vez si cuenta su desgracia al chico rico pueda evitar el desastre...—. El maldito cerdo...

—¿Qué?

—Que se ha comido el muro de barro y ha escapado...

Regresan los temblores y el llanto. Rogelio no entiende; los cerdos de su casa viven en un cubil de piedra...

—¿Por qué?

Andrés encoge los hombros, ¿cómo se explica la miseria a quien come a diario?

—¿Por qué se fue? —repite el chico de la casa grande, tal vez el marrano tampoco se sintiera querido.

—Por hambre, claro. —Andrés suspira—. Se come el barro del adobe por hambre y se fue para buscar algo en el monte... Pero mi madre me mata...

Regresa al llanto desolado porque ni siquiera el niño rico podrá evitar la bronca desesperada de su madre.

—No, hombre; las madres no matan. —Tan solo se mueren, piensa, pero no lo dice.

—La mía sí —afirma contundente Andrés.

—Podemos buscarlo —propone el niño rico.

Andrés mira las botas de Rogelio, luego sus pies arañados y descalzos, que las alpargatas se ponen el día que toca ir a la iglesia.

—Bueno, tal vez tú puedas.

Y deja el destino de su futuro en otras manos.

—Anda, vamos. —Y le pasa el brazo por el hombro descarnado.

Rogelio se siente extraño frente al resto de los niños, alguien desconocido, tal vez la larga sombra de su casona ha pintado un muro entre ellos y él. Se mira las botas sintiendo algo parecido a la culpa; calla porque lleva toda su vida sin derecho a preguntar.

—Lo mejor —trata de recuperar el aplomo frente a los lagrimones de Andrés— será volver a la pocilga y ver adónde llevan las huellas.

todos, permanece sentada tras los visillos del cuarto, con la mirada perdida en algún punto de otro tiempo. Permanece a unos pasos de la locura definitiva, esa que la hermanaría con Rubén.

Cándida comienza a llamar, con voces nerviosas, a Rogelio.

—Tengo que irme, ¿estarás bien?

—Como una reina.

—No hagas ruido.

—Menos que un ratón.

Cuando Rogelio cruza de nuevo por delante del abuelo, lo mira esperando, sin saber bien qué. Un gesto de la mano artrítica lo obliga a bajar las escaleras.

—¿Dónde demonios te metes? —Cándida está roja de sofoco—. Me vas a buscar la ruina.

Nada le importa. Se siente tan fuerte como Enrique de Lagardere. Le asiste la razón, la justicia y la defensa de Lisseta, pagará gustoso los castigos, caso de haberlos, porque a él ya lo tiene condenado Palmira al encierro de la indiferencia. Se dibuja una sonrisa triunfal en los labios de Rogelio: ha escapado al hechizo de la bruja.

Al día siguiente las campanas en la capilla del Beaterio dieron la primera alarma. Después varios números de la Guardia Civil comenzaron a rondar los caminos, el paseo del acantilado y a rebuscar, con la punta de sus fusiles, entre los matorrales del bosque. Se fueron sumando vecinos, unos por miedo a ser acusados, otros por compasión, y comenzaron a surcar el aire murmullos de historias que hablaban del hombre lobo.

—Yo lo sé todo.

Andrés sorbe los permanentes mocos en su cara sucia, con las manos en los bolsillos y los pies descalzos y duros. No se atreve a mirar de frente a Rogelio, el niño rico que, como todos los de su clase, siempre termina por cumplir sus deseos sin ser castigado por sus caprichos. Pero el chico del pazo no se inmuta, no contesta a su amenaza, ni siquiera lo mira.

—Se lo diré.

Entonces, como un tigre olfateando el peligro, el cuerpo de Rogelio se tensa como la cuerda del arco a punto de disparar y enfrenta la mirada baja de Andrés.